



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9659

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SÁBADO 13 DE ENERO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## NOVEDADES

EN EL MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran precisión.—Hornillos para planchadoras, sastres y sombrereros para calentar ó planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—Catres de campaña con somiers que pueden trasportarse fácilmente.—Cocinas con horno muy económicas.—Mosáicos de madera para sustituir el alfombrado.—Estufas Chouberki nuevo modelo.—Gas y electricidad.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad. PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA

## LITERATURA EXTRANJERA.

### UN DIAMANTE.

Para el hombre que entra en el campo de la juventud con el cerebro repleto de ilusiones, la vida es un conjunto de bellezas fascinadoras y los proyectos más descabellados, más inverosímiles pueden verse convertidos en realidades, sin más trabajo que el que costaría alcanzar un objeto que se hallara al alcance de la mano.

Pasan los años, llega el entusiasmo á esa edad en que empiezan á agotarse las esperanzas y van en aumento las decepciones y el hombre, cambiando radicalmente de modo de pensar, se ríe de las locuras de otros que han nacido mucho después que él y á los cuales les está reservado el mismo castigo.

En la adolescencia nos sentimos empujados por fuerza irresistible; el aire que aspiramos está impregnado de deliciosos perfumes; el sol nos deslumbra; el cántico de los pajarillos nos embelesa.

Los que nos han precedido en el viaje, experimentan sensaciones muy diferentes; marchan con la lentitud del que tiene que cumplir un penoso deber; les parece que el aire está cargado de emanaciones fétidas y que los rayos del sol tienen un tinte amarillento y que los trinos de los pájaros forman una música bastante desagradable.

Por esta razón nos dicen con voz lúgubre:

—No os dejéis llevar por el placer que encanta vuestros sentidos; ese placer es un fantasma que se alejará de vosotros cuando pretendáis tocarle y que al fin desaparecerá.

No debían expresarse así, porque no es verdad lo que dicen.

La flor no ha perdido su fragancia, ni el sol su luz esplendorosa, ni el canto del ave su dulcísima armonía. Son ellos los que perdieron el oído, la vista y el olfato.

Hace poco tiempo, en un círculo de amigos, un hombre de 30 ó 32 años decía, que los jovencuelos de esta época eran todos entes ridículos y cargantes.

La dueña de la casa, con objeto de evitar la discusión que iba á entablarse, exclamó apresuradamente: —En efecto—los jovencuelos de

hoy son ridículos... á los ojos de los que incurrieron hace diez ó doce años en las mismas ridiculeces que ahora censuran.

Una ridiculez era para la gente de edad madura, lo que cierta noche de verano decía el joven Teodoro en una reunión improvisada, bajo los árboles de espacioso jardín.

—¿Para qué necesitamos las riquezas? exclamaba aquel soñador—¿qué venturas puede añadir el oro á las que nos proporciona la mujer á quien amamos con frenesí y de cuyo corazón somos dueños?

Ana y yo en una casita modesta podemos ser más felices que en un soberbio palacio, el pedazo de pan que yo gane con el sudor de mi frente lo encontrará ella más dulce que la ambrosía

Ana que estaba allí dirigió á Teodoro una mirada en la que leímos su completa aprobación. Los dos eran muy jóvenes y había por tanto perfecta identidad en sus pensamientos.

Un venerable señor de sesenta años, testigo de aquella escena se sonrió de un modo particular y dijo con voz pausada.

—Hijos míos, yo podría deciros muchas cosas que servirían para que se las repitiérais á vuestros herederos de treinta años, porque solo entonces os será fácil comprenderlas. Vosotros sabéis que os amo, que apruebo vuestro amor y que deseo veros unidos. Sin embargo esta unión no se realizará hasta que Teodoro, mi futuro yerno, regrese del viaje que va á emprender muy pronto para complacerme.

Teodoro y Ana se miraron con infinita tristeza. Indudablemente pensaban. «Y para qué ese viaje? ¿No sería mucho mejor que desde luego se convierta en realidad lo que ambicionamos?»

El padre de Ana fue inflexible. Los dos jóvenes tuvieron que someterse al raro capricho del viejo y Teodoro se despidió de su adorada.

—¡Adiós, Teodoro mío!—exclamó ella deshecha en llanto—yo rezaré constantemente, no para que vuelvas rico sino para que no dejes de quererme.

El joven se embarcó en dirección á Oriente. Durante la larga travesía solo pensó en dos cosas: en su amada y en los países que iba á ver. Se figuraba el lujo oriental recordando maravillosas descripciones que había leído en libros de viajes. Le parecía que tan pronto como llegara á Constantinopla, saldría la fortuna á su encuentro brindándole con fabulosas riquezas.

Tuvo sueños dignos de las mil y una noches. Se vió en una habitación cuyo suelo era de pedrería y de cuyas paredes, colgaban tapices bordados en oro.

Habíale conducido allí una vieja por orden de su señora, la más hermosa mujer del imperio turco, otras veces encontrábase de repente en un harem rodeado de bellísimas circasianas que le ofrecían exquisitos vinos y bailaban en torno de él, al compás de una música cuyos acordes inundaban el alma de sensaciones voluptuosas. Y después se sintió acariciado y llevado sobre unas andas formadas con grandes ramos

de flores á través de galerías de mármol y jaspes y de jardines cubiertos de flores de todos los matices.

¡Pobre Teodoro! su despertar cuando llegó á Constantinopla fue horrible. Vió una ciudad fea y sucia, unas calles estrechas y sombrías, por las cuales circulaban hombres cubiertos de andrajos y chiquillos casi desnudos y unas mequetruques sin cuadros, sin imágenes, sin oro, sin piedras preciosas, sin ornamento alguno. Las compras se hacían en monedas antiguas de Alemania, Holanda y España, monedas de plata y cobre llenas de mugre. El manjar favorito de aquella gente, era el arroz con carne sazonado con pimienta y mucho azafrán.

Teodoro sufrió un desencanto dolorosísimo, del cual procuró consolarse pensando casi exclusivamente en su regreso, en Ana, en la felicidad que le aguardaba en el Havre, punto de residencia de su prometida. Calculó que con el tanto por ciento que le daba el dueño de la casa mercantil, donde prestaba sus servicios, podría reunir pronto una modesta suma, lo suficiente para satisfacer durante algún tiempo las necesidades del hogar.

Una tarde, después de terminar su trabajo, se entretuvo en ajustar cuentas, en presupuestar los gastos que había de originarle su casamiento, su instalación en una casita amueblada con verdadero gusto. No olvidó el más mínimo detalle. Hubiérase creído al verle que se hallaba en vísperas de la realización de sus deseos... ¡Oh poder de la juventud!

En aquella operación le sorprendió la noche. Quedose á oscuras, inmóvil, ensimismado, saboreando una dicha que estaba todavía muy lejos, muy lejos.

De pronto llamaron á la puerta de su oficina. Abrió y vióse frente á frente de un hombre que, después de volver varias veces el rostro y de quedarse escuchando con el recelo y temor propios del que se ve perseguido exclamó con voz entrecortada:

—Caballero, no podemos perder un solo instante. Dispongo de diez minutos para tratar con usted un asunto de cuya solución dependen la fortuna de Ud. y mi vida. Soy esclavo y empleado en las minas. He robado un diamante que, por su valor únicamente puede ser adquirido por un hombre millonario. No hay en el mundo rey ni potentado que posea una piedra tan hermosa.. Confesando mi delito y devolviéndola no me libraría de un castigo horrible. No me queda otro camino que la huida. Pero ¿cómo he de huir si carezco en absoluto de recursos?... Ud. puede hacer mi felicidad y la suya. A cambio de este tesoro solo le pido la cantidad indispensable para ponerme en salvo; ¡para ir á reunirme con mi madre!

Teodoro escuchaba la oferta con mezcla de aturdimiento y alegría. Su interlocutor cada vez más tembloroso y volviendo la cabeza continuamente prosiguió así:

—Decídase Ud. Un diamante como este es una fortuna. No tiene

ni un solo grano rojo ó negro. Por desgracia han pasado muchos días por mis manos y nunca vi uno tan grande, tan limpio, tan perfecto. Nadie sospechará que usted es su poseedor. Podrá Ud. marcharse tranquilamente.

Teodoro se decidió á comprar la preciosa piedra. Dió por ella un puñado de plata y loco de alegría ocupose en inventar una disculpa para volver sin pérdida de tiempo á su país. Algunas de las ilusiones que había acariciado pocos meses antes en su viaje desde el Havre, á Constantinopla se realizaban.... ¡Era rico!

No relataremos todas las peripecias de su viaje de regreso. Baste decir que para que fuese mayor la seguridad de aquel maravilloso diamante, púsose un traje que le daba apariencias de mendigo y emprendió su marcha por caminos solitarios. Tuvo la desgracia de equivocarse la ruta y la suerte de encontrar á los dos días un campesino que se ofreció á servirle de guía hasta llegar á un sitio, desde el cual le sería fácil continuar sin temor á extrañarse de nuevo. Pero un nuevo y gravísimo contratiempo les obligó á detenerse. Encontráronse al atravesar una espesura con una cuadrilla de ladrones.

—Dejémonos registrar sin oponer resistencia—dijo el campesino.—Cuando vean que nada tenemos, nos durán suelta al instante.

Teodoro que no era de este parecer y que llevaba ocultas dos pistolas, hizo fuego sobre los cuatro bandidos que se encontraban á unos cuarenta pasos.

Ellos contestaron al ataque, y el resultado de la lucha fue que el guía quedó muerto, herido uno de los ladrones y prisionero el infeliz novio de Ana.

Condujéronlo á un barranco donde estaba la guarida de los ladrones y de sus familias.

Allí le registraron y se apoderaron de la piedra preciosa.

Al ver las demostraciones de rabia y de desesperación que el prisionero hizo, figurábase que la tal piedra era un amuleto y una de las mujeres apoderóse de ella y la metió en una especie de escapulario que colgó del cuello de su hijo, creyéndole así libre de enfermedades. Pasados unos días, el jefe de los foragidos concedió la libertad á Teodoro.

Este, poniendo en tortura su imaginación pudo encontrar el medio de recuperar el diamante, sin que nadie se apercibiera y escapó de allí con el horrible temor que le duró veinticuatro horas, de que notaran la desaparición de la alhaja y corrieran en busca de él y apresándole nuevamente.

Por fortuna encontró al siguiente día una caravana, á la cual se unió continuando su viaje siempre inquieto, desconfiado, decidido á matar al que demostrara tener la menor sospecha de que existía una riqueza considerable, debajo de un vestido sucio y andrajoso.

Al desembarcar en su país, lo primero que hizo fue escribir al padre de su novia; la carta comenzaba de este modo:

«Soy rico, inmensamente rico.» Esta noticia produjo en Ana una grande alegría, seguida de un disgusto no menos grande.

Sintióse alegre en que Teodoro había ido en pos de las riquezas que acababa de adquirir, agujoneado por el deseo de hacerla dichosa, pero experimentó un profundo sentimiento al fijarse en que la lacónica carta era más bien un grito de ambición y vanidad satisfechas y que el amor ocupaba en ella un lugar secundario.

El padre de la joven expresó con cierta frialdad, hija de una excesiva delicadeza, el placer que le causaban las manifestaciones de su futuro yerno.

Llegó Teodoro y desde que se cambiaron las primeras demostraciones cariñosas, los tres pudieron observar la existencia de algo que les molestaba y que les impedía tratarse con la ilimitada franqueza con que se trataron.

Antes del viaje de aquél á Constantinopla, Teodoro al cambiar de posición, modificó mucho sus antiguas ideas y Ana y su padre, que eran los que estaban en situación de poder apreciar esta mudanza, no disimulaban el descontento que sentían.

Un día, hallándose solos los novios, dijo ella tristemente:

—No sé porqué me asusta nuestro porvenir, desde que has vuelto rico de lejanos países. ¡Eran tan hermosos los proyectos que acariciábamos antes de marcharte! Todos han quedado destruidos... de aquella humilde casita que se alza junto al mar y que era tu encanto no has vuelto á acordarte... ¡Y eso que ahora está desahuyada.

—Querida Ana—contestó él sonriéndose—nos iremos á París y viviremos en uno de esos hoteles hermosísimos, situados en los barrios más elegantes de la gran capital.

En dirección á ella partió Teodoro á los pocos días.

Desde la estación encaminóse á una de las mejores fondas y después al más importante de los establecimientos de joyería, al que ostentaba en el cristal de su escaparate un letrero que decía así: «Proveedor de la real casa.»

Encontrábase el dueño ausente y Teodoro aprovechó los días que faltaban para su regreso en visitar los barrios más aristocráticos y los comercios más lujosos y en formar una lista de las compras que había de hacer cuando vendiera el diamante.

De nada se olvidó: Un hotel magnífico, dos carruajes, muebles de última moda, etc., etc.

Utilizó cuantas ocasiones se le presentaron para pregonar su buena suerte, y vióse rodeado de una cohorte de amigos y admiradores, que le oían hablar con la boca abierta y que se desvivían por complacerle.

Frecuentó algunos salones y le faltó poco para estallar de satisfacción, viendo que todos los hombres se apresuraban á estrechar su mano y que todas las muchachas casaderas, le dirigían miradas melancólicas.

Cuando supo la vida que Teodoro llevaba en París exclamó: